

edificado de su paciencia el enfermero, el cual dió testimonio que por todo el discurso de esta su enfermedad, le sintió que traia grandísimas batallas con el demonio, porque pasando de noche por delante de su celda descuidado, al servicio y necesidades de los otros enfermos, le oia hablar como si platicara con otra persona. Y parándose á escuchar á la puerta, entendia que confutaba al demonio las cosas que le ponía delante, haciendo cuenta de su vida y en lo que habia ofendido á Dios, y alegando que de aquello ya habia hecho penitencia, y que Dios era misericordioso. Y á otras cosas respondia, que aquello lo habia hecho por la obediencia, y no tenia para qué darle á él razon de ello. Otras veces parecia que lo tentaba en las cosas de la fe, y esta tentacion dice un padre sacerdote que habia mucho tiempo que la padecia, porque morando los dos juntos en un convento, le vido andar inquieto sobre esto, y ir muchas veces al coro de noche, donde protestaba delante del Santísimo Sacramento que creia todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia. Esto protestó mas de veras al tiempo de su muerte, recibiendo todos los sacramentos con grandísima devocion, como la tuvo en vida, no dejando de oir todas las misas que se celebraban en la iglesia de S. Francisco de la ciudad de los Ángeles todo el tiempo de su enfermedad, hasta que murió bienaventuradamente en el Señor, y está sepultado su cuerpo en el mesmo convento.



LIBRO QUINTO

de la

Historia Eclesiástica Indiana

— 8 —

SEGUNDA PARTE

que trata

*De los Frailes Menores que han sido muertos por la predicacion del Santo Evangelio
en esta Nueva España.*



PRÓLOGO AL CRISTIANO LECTOR.

El amar el hombre á otro en ninguna cosa tanto se muestra, cristiano lector, como en dar por él su vida, segun la mesma Verdad lo pronunció por su boca, diciendo: «Ninguno tiene mayor caridad que aquel que pone su vida por sus amigos.» Y esto es lo que mas puede hacer uno por otro, porque naturalmente ninguna cosa hay mas amada ni tanto como la propia vida, segun está escripto en el libro de Job: «Cuanto tiene dará el hombre por guardar y conservar su vida, y ninguna cosa mas teme que la muerte, que de todos los trabajos es el mas horrible y terrible.» Y conforme á esto, aquel ama mas á Dios, que lo que mas quiere (que es la vida) le ofrece por su amor y servicio. Á esta causa, bien se concluye que el martirio es la obra de mayor amor de Dios que puede ser, y es acto perfectísimo y el mayor servicio que á Dios podemos hacer. Mas si queremos extender este nombre de martirio á lo que lo extienden los santos doctores y maestros de la vida espiritual (que es á la mortificacion de la carne y trabajos voluntarios padecidos por Dios), bien podemos decir que muchos padecen martirio sin muerte, y que todos los que de veras sirven á Dios son mártires, pues como dice un santo: «Si la vida del cristiano es segun el Evangelio, cruz y martirio es.» Y S. Crisóstomo dice: «Martirio es abstenerse de pecar el hombre, y ejercitarse en cumplir los mandamientos divinos.» «Sin hierro (dice S. Gregorio) podemos ser mártires, si verdaderamente guardamos la paciencia en nuestro corazon.» Y en otra parte dice: «Sufrir afrentas, y amar al que nos aborrece, martirio es oculto.» La pobreza voluntaria, dice S. Bernardo que es género de martirio. Pues si esto es así, mártires con razon se podrán llamar los que padecen trabajos voluntariamente por Cristo; mártires son los que sirven á Dios guardando sus santos mandamientos; mártires los que andan desnudos y descalzos por Cristo; mártires los que andan hambrientos, comiendo manjares viles, y de esos poco, más por sustentar la naturaleza que por satisfacer á la hambre, y ni mas ni menos los sedientos, y los perseguidos y infamados de los ministros de Satanás por la justicia. De esta manera de martirio podemos decir que fueron mártires los santos varones cuyas vidas quedan arriba escriptas. Mas aquellos de quien (para dar fin á este libro) queremos tratar, no solo fueron mártires en esta forma, sino que añadiendo á sus ejemplares y apostólicas vidas lo que á todo lo demas excede, que es haberlas ofrecido, y recibido la muerte por la confesion y exaltacion del Nombre de nuestro Salvador Jesucristo y de su santa fe, merecieron que con mas proprio título los podamos llamar mártires á boca llena. Y porque estos han sido muertos á manos de indios bárbaros, que comunmente de nuestros españoles son Ila-

Joan. 15.

Job. 2.

Tom. a Kempis.

Crisóstomo.

Gregorio.

Bernardo.

Chichimecos, qué
gentes son y su mo-
do de vivir.

mados chichimecos, será menester dar aquí noticia de la calidad, costumbres y religion de esta gente, para que leyendo ó oyendo el que fuere curioso, este nombre de chichimeco, acuda á este lugar y entienda la significacion del vocablo, y conozca la braveza y fiereza y vida bestial de los tales. Chichimeco es nombre comun (entre nosotros los españoles y entre los indios cristianos) de unos indios infieles y bárbaros, que no teniendo asiento cierto (especialmente en verano), andan discurriendo de una parte á otra, no sabiendo qué son riquezas ni deleites, ni contrato de policía humana. Traen los cuerpos del todo desnudos, duermen en la tierra desnuda aunque sea empantanada, con perpetua sanidad. Sufren mortales frios, nieves, calores, hambre y sed, y por estas y otras cosas adversas que les suceden, no se entristecen. Comen carnes de venados, vacas, mulas, caballos, víboras y de otros animales ponzoñosos, y esas (cuando mas bien aderezadas) por lavar y medio crudas, despedazándolas con las manos, dientes y uñas, á manera de lebreles. Diferencianse de los indios de paz y cristianos, en lengua, costumbres, fuerzas, ferocidad y disposicion de cuerpo, por la mala influencia de alguna estrella ó por la vida bestial en que se crian. Son dispuestos, nervosos, fornidos y desbarbados, y en alguna manera pueden ser tenidos por monstruos de naturaleza, pues en sus costumbres son tan diferentes de hombres, cuanto su ingenio es semejante al de los brutos. No tienen reyes ni señores, mas entre sí mismos eligen capitanes ó caudillos, grandes salteadores, con quien andan en manadas movedizas partidas en cuadrillas. Tampoco tienen ley alguna ni religion concertada, aunque adoran y reverencian al demonio, y con él comunican las cosas de la guerra, y cuando la respuesta les infunde ánimo y coraje, se determinan y aventuran, y si cobardía, dejan de dar la batalla, aunque mas les favorezca la ocasion, cólera, y apetito y certidumbre de la victoria. Sacrificanse ante ídolos de piedra y barro, sangrándose de las orejas y otras partes del cuerpo. De la religion cristiana tienen mucha noticia por los frailes menores, y *no otros*,¹ que siempre andan entre ellos. Y si alguno se convierte, es con mucho trabajo y perseverancia de los ministros, y con todo esto, no han sido pocos los que nuestros frailes han traído y reducido á hacer vida política en poblaciones, donde los han juntado y doctrinado y hecho cristianos, aunque este fructo ha costado las vidas de los que aquí se nombrarán, y de algunos otros que no habrán venido á mi noticia. Sé que estando yo escribiendo este libro, en un pueblo de aquella frontera, llamado Acaponeta, el guardian del convento, Fr. Andrés de Medina, baptizó mas de doscientos y cincuenta chichimecos que le habian pedido el baptismo. Tienen estos chichimecos entre sí guerras civiles muy sangrientas, y enemistades mortales, así nuevas como antiguas, heredadas de mano en mano de sus antepasados, y estas por livianas ocasiones, porque los unos entraron en tierras de los otros ó á cazar ó á coger alguna fruta. Lo cual parece haber sido permision ó provision divina para conservacion de los indios cristianos y de paz, que más se han conservado por la discordia de los chichimecos que por su valor y fuerzas. Porque si los chichimecos se pudieran conformar y hacer á una para de mancomun hacerles guerra, cierta cosa es que no hallaran en todos los indios de esta Nueva España resistencia. Y aun los españoles en dias pasados les tuvieron harto temor, porque llegaron á hacer saltos en pueblos no muchas leguas de México, y no han sido pocos los que han muerto á sus manos. Pelean desnudos, embijados ó untados con matices de diferentes colores, con solos arcos medidos á su estatura, labrados con pédernales, de que tambien son las puntas de las flechas, que miradas en sí parecen

¹ Estas palabras están borradas en el MS.

frágiles y de menospreciar (porque son de caña), y puestas en sus manos no hallan reparo. Y así metidos ellos y encendidos en batalla, es cosa increíble cómo con espantable ferocidad menosprecian el resto de los que se les ponen delante, aunque sean hombres armados y de caballos encubiertos. La certinidad, ánimo, destreza y facilidad con que juegan esta diabólica arma, no se puede explicar. Son tan alentados, ligeros y sueltos en correr, que por maravilla los alcanzan los caballos. Muchos ejemplos se podían contar del estrago que han hecho en los españoles, pero basta uno solo que acaeció habrá catorce ó quince años cerca de un paso que llaman la Entrada de las Bocas, adelante de Zacatecas, donde no muchos de los chichimecos desnudos, con solas sus flechas (que he dicho) de caña, dejaron muertos una capitania de mas de cincuenta soldados, armados ellos y sus caballos á usó de guerra, con arcabuces y lanzas, sin escapárseles uno solo que llevase la nueva. Eran muchos los daños que cada año hacian en los tiempos pasados, matando españoles y indios cristianos, y robando hacienda de mucho valor, por el camino de Zacatecas y de otras minas de aquella comarca, y en estancias, que hay muchas de ganado mayor. Ha sido Nuestro Señor servido que por medio de religiosos, y diligencias de los vireyes, hayan venido de paz, de seis ó siete años á esta parte, pidiéndola ellos mismos de la suya. Y en esta buena obra no poco se les debe á los indios de la provincia de Tlascalala (demas de la obligacion antigua de haberse por medio de ellos ganado esta tierra), porque dieron al virey D. Luis de Velasco, el mozo, cuatrocientos vecinos casados, con sus mujeres y hijos, para que fuesen á poblar juntamente con los chichimecos que venian de paz, para que con su comunicacion y comercio se pusiesen en policía y en costumbres cristianas, y para ello se hicieron seis poblaciones con sus monesterios de frailes menores que los enseñen y doctrinen. Y aunque al principio en la una poblacion, ciertos de ellos de diferente apellido se alzaron y mataron á los tlascaltecos, los de las otras poblaciones (preciándose de mas fieles) castigaron á los delinquentes, y despues acá están todos pacíficos. Plegue á la divina Bondad lo lleve adelante, y sea servido que todos estos bárbaros vengán en su conocimiento.



LIBRO QUINTO
DE LA
HISTORIA ECLESIAÍSTICA INDIANA.
SEGUNDA PARTE

QUE TRATA
DE LOS FRAILES MENORES QUE HAN SIDO MUERTOS POR LA PREDICACION DEL SANTO EVANGELIO
EN ESTA NUEVA ESPAÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De Fr. Juan Calero, primero mártir de los cristianos viejos en esta nueva Iglesia.

Digo que Fr. Juan Calero fué el primero mártir de los cristianos viejos en esta tierra, porque de los cristianos nuevos, primero fué martirizado un niño indécito de la provincia de Tlascalá, llamado Cristóbal, y despues de él otros, tambien tlascaltecos, entre Guatinchan y Tecali, como se contó en los capítulos veinte y cinco y veinte y siete del tercero libro. Y porque algunos ponen por primero de los antiguos cristianos á un religioso frances, llamado Fr. Bernardo Cossin, digo que se yerran, por no haber visto lo que cerca de esto dejó escrito el padre Fr. Toribio Motolinia, á quien se debe dar entero crédito por haber lo uno y lo otro pasado en su tiempo. El cual habiendo contado y celebrado con palabras de espiritual gozo el martirio de Fr. Juan Calero, añade las que se siguen, diciendo: « Dos cosas saco yo de aquí para mí, por las cuales querria mucho alabar y bendecir á Dios. La una, ver que el primero mártir de este nuevo mundo tomó Dios del humilde estado de los menores, y de los legos, donde habia tantos y tan antiguos sacerdotes con tan grandes deseos de morir por Jesucristo, y que con esta hambre y sed

De Fr. Juan Calero.

pasaron el mar y vinieron entre estos infieles del occidente, y que da Dios á aqueste humilde lego la primera corona de martirio. La otra es, que este primer mártir fué hijo de esta nueva Iglesia, y que en esta provincia del Santo Evangelio tomó el hábito trece años antes que lo martirizasen. De lo cual yo tomo argumento y señal, que Dios quiere hacer grandes mercedes á esta su nueva esposa.» Estas son las palabras formales del padre Fr. Toribio, donde claramente parece cómo primero fué muerto Fr. Juan Calero que Fr. Bernardo Cossin. Y tambien se entiende, cómo llamándolo primero mártir, habla de los que de Europa pasaron á estas partes, y no de todos en general, pues el mismo padre Fr. Toribio, como testigo de vista, que en aquellos tiempos estaba en el convento de Tlascala, cuenta tambien el martirio del indio Cristobalico, que pasó muchos años antes. Pues para entender de raiz la ocasion de la muerte de Fr. Juan Calero, y tambien la de su guardian, que tras ella se seguirá, es de saber, que en el año del Señor, de mil y quinientos y treinta y nueve, se comenzó á fundar un monesterio de frailes menores en un pueblo llamado Ezatlan, que es en la gobernacion de la Nueva Galicia ó provincia de Jalisco. En este monesterio fué primero guardian un fraile llamado Fr. Antonio de Cuellar, de la provincia de Santiago, que habia tomado el hábito en el convento de S. Francisco de Salamanca. Este religioso trabajó fielmente en doctrinar y enseñar y traer á nuestra santa fe á los indios de aquel pueblo y provincia con todos los comarcanos, que son de los que llamamos chichimecos, los cuales hasta entonces poco ó nada habian oido de la palabra de Dios. Y en espacio de año y medio, con la gracia divina y con su buen ejemplo y doctrina, trajo muchos pueblos á la obediencia de nuestra santa madre Iglesia y confesion de la santa fe católica, baptizando muchos niños y algunos adultos, segun que cada uno de ellos se iba disponiendo de su parte. Y algunos que estaban derramados por los montes ó quebradas, los recogió y redujo á que morasen en comunidad, y á que hiciesen pueblos ordenados en traza, como en nuestra España. En este medio tiempo sucedió tenerse capítulo en la ciudad de México (segun es costumbre en las religiones), y para venir al capítulo el guardian Fr. Antonio de Cuellar, dejó en su lugar por presidente ó vicario de la casa á otro sacerdote que moraba en su compañía, y con él á Fr. Juan Calero, lego, que (segun parece) sabia la lengua de los indios y habia trabajado mucho con ellos ayudando á su guardian. En cuya ausencia, el año de mil y quinientos y cuarenta

1539.

1541.

y uno, se alzaron ciertos indios de aquella provincia de Jalisco, llamados caxanes, y desamparado sus pueblos y la fe cristiana que habian recibido, se subieron á las serranías de Tecuila, y tras ellos se alzaron tambien los de un pueblo que era de la visita de Ezatlan, de los que aquellos religiosos habian convertido y los tenian debajo de su doctrina. El sacerdote que presidia en la casa no debia de saber la lengua de los indios, por lo cual Fr. Juan que los habia doctrinado, viendo la grande ofensa que aquellos sus ahijados hacian á Dios en apostatar de su fe, y recelándose que si no volvian á poblado habian de ser muertos por los españoles ó (á mejor librar) dados por perpetuos esclavos, movido con celo de la salvacion de aquellos bárbaros y con caridad cristiana, pidió licencia á su presidente para ir á aquellas serranías á reducirlos y traerlos á sus pueblos donde estaban. El sacerdote, que tenia las veces del prelado, túvolo por bien, considerando que la obra que queria hacer Fr. Juan era piadosa y santa, y él mismo lo animó á ello y se lo mandó. Fr. Juan se confesó y comulgó, encomendándose á Nuestro Señor con mucha devocion, y puesta su ánima con Dios tomó su camino para la serranía donde los alzados estaban. Llegado á Tecuila, llamólos amorosamente como solia, y juntos, hizoles un razonamiento muy espiritual y devoto, persuadiéndolos á que no dejasen la fe que habian recibido para salvar sus ánimas, y no se dejasen engañar del demonio que deseaba y procuraba llevarlos consigo al perpetuo fuego del infierno: que se volviesen á su asiento y poblacion adonde los religiosos y padres suyos espirituales (que como á hijos los amaban) los habian puesto. Que él se ofrecia y prometia de alcanzarles perdon de los yerros pasados en que habian sido culpados por matar ciertos españoles, y por haber levantado de nuevo un ídolo y invocado á los demonios. Los chichimecos que oyeron esta plática, como conocian á Fr. Juan por hombre de vida inculpable, y sabian que los amaba, recibieron sin alteracion sus palabras, y diéronle por respuesta que se volviese á su monesterio, que ellos sabian lo que les convenia y mirarian lo que habian de hacer. Vista esta su determinacion, y que no era posible llevarlos consigo, volvíase Fr. Juan para su convento. Llegaron á este tiempo otros de aquellos bárbaros que no oyeron la plática; mas sabiendo á lo que el siervo de Dios venia (como eran mas culpados en la muerte de los españoles y en los demas delictos que habian cometido, y andaban ya encarnizados y ofrecidos del todo al demonio), tomaron por afrenta que aquel religioso oviese ido á predicarles